

BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna
Con resplandor fugitivo
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetera no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre la sombra confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando
Con pardas ondas la arrulla.
El monotonó murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡ Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre la sombra se ofusca.

Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra:
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta
¿ Quién va? — y á corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿ Quién va? repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde: — Un hidalgo: ¡ calle!
Y el paso el bruto apresura.
— Téngase el hidalgo, — el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved mas bien si me hareis calle,
(Repusieron con medida)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Iban de Vargas y Acuña.
— Pase el Acuña y perdone: —
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el ginete á una puerta
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon
Que llama interior alumbra.
— ¡ Mi padre! — clamó en voz baja;
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave pidiendo
A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detrás la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcon
Como quien tal acostumbra
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Iban de Acuña,
Y huyeron en embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,

Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
Tiende galan por sus márgenes
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De principes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida,
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de zahares.
Allá por aquella torre
Que hicieron puerta los árabes
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Mas lejos se ve al castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Finjir tan tenaz modorra,
Que político y constante
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basilica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres,
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.

La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monges
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una muger tambien sola
Se viene el llano adelante
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella galanterías
Dejando severa aparte
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave.

« Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su au-
Dentro mi aposento sabe: [sancia
Y así quien mancha mi honra

Con la suya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme. » —

Miróla Diego Martinez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
— « Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mia se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
— Júralo, — exclamó la niña
— Mas que mi palabra vale
No te valdrá un juramento. —
— Diego, la palabra es aire.
— ; Vive Dios que estás tenaz!
— Dalo por jurado y baste. —
— No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes. —
— ; Voto á Dios! ¿qué mas pretendes? —
— Que á los piés de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo CRISTO delante. » —

Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase
Llevóla Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Viase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martinez
Los sagrados piés tocase,
Preguntóle:

— Diego, ¿juras
A tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
— ; Si juro! —
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado habia;
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano:
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venia
Despues de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedia
La vuelta del español,
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer
Sin dueña y sin escudero
En un manto una muger
El campo salía á ver
Al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abruma
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en zelos
Que abrasan el corazon.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondia,
Que la lengua le tenia
Su propia deshonor atada.

Y ambos maldicen su estrella
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació muger ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,

Y los de Flandes tornaron
A sus tierras á vivir.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
Tornasolada la escama
Saltaba á besar las flores,
Que exhalen gratos olores
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambrón
Sintió latir zozobrosa
Mas inquieto el corazon.

Tan galan como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
Gritando: — ; Diego, eres tú! —
Y él viéndola de través
Dijo — ; Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido
Sin que mas voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente,
Diciendo: — ; Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas! —

Y aplicando el capitan
A su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martinez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitan le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzabase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,

Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige
Cobrado el conocimiento
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto mas ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán don Diego
No ha de ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente
De amor y piedad ageno
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hacia Martínez volviendo:
— « Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos. — »

Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
A pasos desatentados
Salióse del aposento.

V.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente

Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está, como presidente
Del tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tético escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde sön
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos: — ¡ Justicia
Jueces: justicia, señor! —
Y á los piés se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó
Diciendo:

— Muger, ¿qué quieres? —
— Quiero justicia, señor. —
¿De qué? —
— De una prenda hurtada. —
— ¿Qué prenda? —
— Mi corazón. —
— ¿Tú le diste? —
— Le presté. —
— ¿Y no te le han vuelto? —
— No. —
¿Tienes testigos? —
— Ninguno. —

— ¿Y promesa? —
— Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó. —
— ¿Quién es él? —
— Diego Martínez. —
— ¿Noble? —
— Y capitán, señor.
— Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró. —
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado sön.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz,
Dijo: — El capitán Don Diego. —
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
— ¿Sois el capitán Don Diego,
Dijole Don Pedro, vos? —
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
— Yo soy. —
— ¿Conoceis á esta muchacha?
— Há tres años, salvo error. —
— ¿Hicisteis la juramento
De ser su marido? —
— No. —
— ¿Jurais no haberlo jurado? —
— Sí juro. —
— Pues id con Dios.
— ¡Miente! — clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
— Muger, ¡piensa lo que dices!...
— Digo que miente, juró. —
— ¿Tienes testigos? —
— Ninguno. —
— Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
— Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor. —
Volvió el capitán Don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
— Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon. —
— ¿Quién? —
— Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó

Mirádonos desde arriba. —
— ¿Estaba en algun balcon? —
— No, que estaba en un suplicio
Donde há tiempo que espiró. —
— ¿Luego es muerto? —
— No, que vive. —
— Estais loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué? —
— El Cristo de la Vega,
A cuya faz perjuró. —
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
— « La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomareis declaración. »

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.
Allá por el miradero
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando

El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo

Así demandó en voz alta:
— « *Jesús, Hijo de María,*
« *Ante nos esta mañana*
« *Citado como testigo*
« *Por boca de Inés de Vargas,*
« *¿Jurais ser cierto que un día*
« *A vuestras divinas plantas*
« *Juró á Inés Diego Martínez*
« *Por su muger desposarla?*
Asida á un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino á pesar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires — ¡SÍ JURO!
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los labios tenia abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

TERCERA PARTE.

A ROMA.

Aun niño me contaron
Un *no sé qué* de Césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes y oro y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido;
Y todo confundido
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebata impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
A impulso de mi jóven fantasía
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tiber las espaldas doma
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,

Desplomada y hundida;
Ramera embrutecida,
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
Que rabiosos los tigres dividieron,
Y á su raza triunfante
La presa palpitante
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
Que dió su vida en prenda de mil muertes,
Y el esclavo villano
Con insolente mano
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
Tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora
¿En dónde oculta ahora
El sitial de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos
Que nacian señores de la tierra,
Vasallos soberanos
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones
Que á su placer la púrpura ofrecian
Y por altas razones
A las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querian?

¿Dó están esos valientes
A quien seguian miles de soldados
A avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,
Aquella multitud que iba serena
A tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,